

Traducción

**El nietzscheanismo de Nikos
Kazantzakis***

Peter A. Bien^φ
Dartmouth College



Traducción directa de
Alfredo Eduardo Fredericksen Neira
Investigador independiente, Chile
alfredericksen@gmail.com

Recepción: 23-02-2018 **Aceptación:** 09-03-2018

Una y otra vez escuchamos que Kazantzakis fue influenciado por Nietzsche. Pero escuchamos poco acerca de la naturaleza precisa de ésta. En su lugar, se nos habla de generalidades tales como los superhombres de Kazantzakis, su nihilismo e inclinación dionisiaca. Esta vaguedad no es sorprendente dada la evidencia utilizada, es decir, cualquier cosa que esté disponible en inglés. En esta categoría, la más extendida declaración de Kazantzakis, está en el Capítulo 23 de *Carta al Greco*. Este transmite la calidad de su discipulado de una manera general y emotiva, pero se limita sólo a determinados aspectos del pensamiento de Nietzsche y da lo que es, probablemente, una descripción imaginaria de cómo y cuándo Nietzsche entró en la vida de Kazantzakis. Más allá de esto, tenemos algunas observaciones en *England*, y un puñado de referencias a Nietzsche en las cartas publicadas por la señora Kazantzakis.

Los recursos disponibles en griego son infinitamente más importantes, si estamos interesados en la precisión y si queremos saber lo que pensaba Kazantzakis en el inicio de su carrera, cuando su Nietzscheanismo adquirió su

* Originalmente publicado como: "Kazantzakis' Nietzscheanism", en *Journal of Modern Literature*, 2:2 (1971/1972), pp.245-266. Cortesía de Indiana University Press. Todos los derechos reservados.

^φ Peter Bien es profesor de Inglés y Literatura Comparada, Emérito. Tradujo tres obras de Kazantzakis y escribió dos volúmenes críticos y biográficos de este autor. Además, ha realizado otros trabajos críticos de Constantino Cavafis y Yannis Ritsos.

forma definitiva. Entre los recursos disponibles sólo en griego se encuentra una declaración sistemática, detallada y ampliada precisamente, de lo Kazantzakis encontró importante en el filósofo alemán. Esta es su tesis doctoral, titulada *Friedrich Nietzsche's Philosophy of Law and the State*. Finalizada en febrero de 1909, estaba prevista su presentación a la Facultad de Derecho en la Universidad de Atenas, de manera que Kazantzakis podría recibir una cátedra allí. Pero la tesis era mucho más que un tedioso ejercicio académico; en efecto, podemos decir de ella -como de todos los otros escritos impuestos sobre Kazantzakis por presiones externas-, que se hizo porque su corazón estaba allí. Como escribió a un amigo en enero de 1908, sólo tres meses después de su llegada a París:

En la actualidad estoy estudiando filosofía y literatura en la Sorbona, el College de France, y el Ecole des Hautes Etudes.

Quiero idear una concepción personal e individual de la vida, una teoría del mundo y del destino del hombre, y luego, de acuerdo con éstos, de manera sistemática, con un firme propósito y un programa definido, escribir lo que deba escribir.

Luego invocó a Bergson, quien le daba las teorías del mundo y destino del hombre que anhelaba. Pero Nietzsche, al igual que Bergson, estaba en gran medida en el centro de los estudios y las necesidades de Kazantzakis en ese entonces. Había llegado a un París lleno de controversia política e ideológica, y aunque en un principio encontró a los socialistas franceses encomiables, muy pronto vio su igualitarismo, internacionalismo y el racionalismo como formas de decadencia. En marzo, sólo cinco meses después de su llegada, había abrazado el nacionalismo de derecha y estaba invocando figuras como Barres y Kipling. El extremismo de su nuevo entusiasmo se puede apreciar a partir de las declaraciones que hizo en ese tiempo: "Las naciones", escribió, "deben volverse egoístas y duras para así pisotear los cadáveres de sus oponentes y avanzar fuertes y jubilosas por la bronceada y varonil embriaguez de la vida". Contra las consignas engañosas Libertad-Igualdad-Fraternidad y contra el debilitamiento causado por "el internacionalismo prematuro y, por tanto, criminal de varios intelectuales", debemos "mantener en alto la individualidad de la nación". Todas estas nuevas orientaciones, a su vez, Kazantzakis las atribuye a la influencia saludable de Nietzsche, quien nos libra de "ideales femeninos y nos arroja fuertes y armados en la lucha salvaje de la vida individual y nacional".

Podemos concluir que Nietzsche se sitúa en el centro de la visión del mundo en proceso de desarrollo de Kazantzakis durante los años en París. La tesis le dio un formato conveniente para la sistematización de sus entusiasmos nietzscheanos. Como subrayé al principio, Kazantzakis estaba buscando una concepción de la vida -un canon- según el cual pudiera regular sus escritos y acciones. Esto lo vio como un deber para él y para todos los hombres. En Nietzsche descubrió no sólo ciertas ideas que le atraían, sino un ser humano que había cumplido con este deber magníficamente y en quien, por lo tan-

to, podría basarse para modelar su propio estilo de vida. En resumen, tanto intelectual como emocionalmente llegó a Nietzsche como un discípulo. La tesis, aunque producida en parte debido a las presiones externas, fue, más que nada, la primera formulación extensa de un credo personal.

Antes de examinar las ideas nietzscheanas específicas que el nuevo discípulo estrechó contra su pecho, deseo considerar la manera en que Nietzsche entró por primera vez en la vida Kazantzakis. Esto nos mostrará que Kazantzakis no encontró la obra de Nietzsche por primera vez cuando fue a París. Más bien, lo que pasó en París fue un cambio fundamental en la actitud; Kazantzakis, de repente comenzó a adular a un pensador que había despreciado con anterioridad. Comenté anteriormente que *Carta al Greco* nos da lo que es, probablemente, una descripción imaginaria del primer encuentro, aunque tal vez transmita la calidad de discípulo que era Kazantzakis. Este relato nos llevaría a creer que Kazantzakis llegó por primera vez a enfrentarse con el filósofo alemán en París, en la *Bibliothèque Sainte-Genevieve* cuando una mujer desconocida se acercó a él con un libro que contenía una fotografía de un hombre:

“(…) Eres tú -¡son idénticos! Mira la frente, las cejas pobladas, los ojos hundidos... ¿No lo reconoces?, ¿es la primera vez que lo ves? ¡Es Nietzsche!”

¡Nietzsche!

Había oído hablar de él, pero todavía no había leído ninguno de sus libros.

Esta es una estupenda historia, y puede ser una verdadera. Pero conociendo la facilidad con que Kazantzakis inventó o distorsionó incidentes en *Carta al Greco* para ilustrar una idea o un estado de ánimo, cabe preguntarse. Es interesante que él haya relatado un encuentro similar quince años más tarde cuando se encontraba en Berlín: “El otro día un alemán que conozco, corrió hacia mí cuando estaba devolviendo unos libros a la biblioteca- y me dijo con emoción que al verme pensó repentinamente que había visto a Nietzsche”. Dado que este incidente se registró en una carta escrita poco después del evento, podemos confiar en su exactitud, aunque aún se genera la duda de si Kazantzakis no estaba simplemente inventando una manera concreta y pictórica de recalcar que él y Nietzsche eran hermanos espirituales. En cualquier caso, la versión en *Carta al Greco* puede ser una “extensión” de éste, o viceversa. Ambas pueden ser ciertas, o ninguna. Lo que está claro más allá de toda duda, sin embargo, es que Kazantzakis era consciente de Nietzsche antes de ir a París. Su primera esposa afirma en su biografía novelada que leyó por primera vez a Nietzsche en la escuela secundaria. Debemos recordar que en esos años (1899-1902) el pensamiento de Nietzsche era célebre en Grecia y ya estaba ejerciendo una influencia en escritores como Palamas; por lo tanto, habría sido natural que la curiosidad de Kazantzakis se hubiese despertado a esa temprana edad, y si no, entonces, sin duda, duran-

te sus años de estudiante universitario en Atenas (1902-1906). Para reforzar estas especulaciones, sin embargo, tenemos evidencia directa. Nietzsche fue invocado por Kazantzakis en 1906 en la primera publicación de su obra, el ensayo "I Arrósteia tou aiónos" (Le mal de siècle). Aquí, Kazantzakis examinó la decadencia europea, viéndolo como una caída del paganismo alegre de los antiguos. Es fundamental señalar que Nietzsche fue visto aquí como parte de esta decadencia, y no como su antídoto. La Revolución Francesa, afirmó Kazantzakis, inauguró la época actual en la que todo hombre siente que puede llegar a los cielos. No hay más límite que desear; aquel que descansa durante la lucha es pisoteado por los demás; el fin justifica los medios; y el fin es el interés propio. Todo esto, continúa Kazantzakis, se ve en Nietzsche y Bismarck, los profetas de los egos apoteósicos. "Desde la ingenuidad y la alegría de la antigüedad, de la devoción, el éxtasis y la fe de la Edad Media, hemos caído en estos últimos tiempos a orgías de raciocinio". Luego condena el conocimiento universal, la sofisticación, que ha secado nuestra alegría natural y salud para que nuestra reacción típica a la vida sea el desagrado. El hombre de hoy sabe todo; nada es virgen en nuestras almas; el poder, el conocimiento y la gloria ya no nos satisfacen; buscamos otra cosa, más allá del bien y del mal. Pero la era ha cobrado su venganza sobre las mismas personas que la han creado. Byron fue la mayor víctima del mal de siècle, pero todas las grandes almas de la era están enfermas, inquietas, decadentes. Poe y Musset se vuelven alcohólicos, Baudelaire y Huysmans se descontrolan, Óscar Wilde está corrompido, de Quincey consume opio, Swift y Nietzsche mueren locos.

Todo esto es muy importante si queremos entender lo que pasó con Kazantzakis en París. Es obvio que su actitud hacia Nietzsche antes de ir allí era totalmente diferente de su actitud posterior. En París sintió por primera vez un parentesco personal con el alemán, viendo en él no una ejemplificación de la enfermedad de la época, sino precisamente lo contrario- un aliado en su cruzada moral contra la decadencia que sentía a su alrededor. El "nuevo" Nietzsche descubierto por Kazantzakis en París era en efecto el maestro preciso que necesitaba un alumno que ya había desarrollado una intensa preocupación moral y una intensa repugnancia hacia la flojedad de la vida moderna. La exposición de Kazantzakis al pensamiento de derecha en París lo había convencido que la apoteosis del ego propuesta por Nietzsche, su doctrina de la lucha universal, incluso su llamado nihilismo y su desagrado generalizado, podrían ser -en lugar de los síntomas de una enfermedad- los medicamentos para lograr una cura. Nietzsche de repente se convirtió en maestro de Kazantzakis en París debido a que el alumno había pasado desde el neopaganismo sentimental de "I Arrósteia tou aiónos" al paganismo práctico de la derecha política. El mundo se salvaría sólo si pudiera librarse de los ideales liberales, humanistas e igualitarios de la Revolución Francesa y el socialismo contemporáneo. Pero si esto se hiciera, toda la estructura de la moralidad y la ley modernas debían ser derrocadas. En Nietzsche, Kazantzakis vio el líder más adecuado para aquellos que, como él mismo, habían prometido empujar a la civilización a lo que consideraban un estado

más saludable.

Lo que emerge de todo esto son dos puntos importantes, ambos se confirman sin lugar a dudas en la tesis. La primera es que Kazantzakis encuentra en Nietzsche no sólo un pensador cuyas ideas podía prestarle, sino que un prototipo humano pleno, en cuyas alegrías y angustias pudo ver sus propias luchas glorificadas. En pocas palabras, estamos tratando aquí con una afinidad personal que se extiende mucho más allá del intelecto. El segundo punto es que la principal utilidad que Kazantzakis vio en Nietzsche fue la de un destructor de lo viejo. Para la estructura básica de una nueva y positiva visión del mundo, Kazantzakis recurrió a otros pensadores, principalmente a Bergson. Nietzsche era una fuerza negativa, un aliado en la convicción de Kazantzakis de que el antiguo orden debía ser evaluado, desafiado y derribado con el fin de desarrollar una nueva y más viable civilización.

La percepción de Kazantzakis de tener una afinidad personal con Nietzsche, afectó y dirigió toda su vida. Nietzsche le daba el ejemplo del camino que debía elegir entre aquellos teóricamente posibles para él. Que él era consciente de esto por lo menos en 1921 (a sus 38 años), se indica en la siguiente declaración:

Mi objetivo no es el arte por el arte, sino encontrar y expresar un nuevo sentido de la vida (recordar a Nietzsche y Tolstoi). Para alcanzar este objetivo, hay tres caminos: 1) el de Cristo-inaccesible; 2) el de St. Paul - la combinación de Arte (las Epístolas) y Acción, pero se necesita un Cristo; 3) el del Arte o Filosofía (Tolstoi o Nietzsche).

Estoy siguiendo el tercero y, por eso, todo lo que escriba nunca será perfecto desde el punto de vista del Arte. Porque mi intención trasciende los límites del Arte.

Por lo tanto, una forma importante en la que Nietzsche ayudó a guiar la vida de Kazantzakis, fue en este matrimonio de la filosofía y el arte. Algunos dirían que esto fue en detrimento de ambos cónyuges. Kazantzakis siempre podía invocar su lado profético o filosófico para excusar defectos relativos a su destreza artística; por el contrario, siempre podía invocar los valores artísticos de la calidez, la viveza y la imaginación para excusar la repetición, la incoherencia y la poca originalidad de su pensamiento. Otros, sin embargo, podrían afirmar que el matrimonio de la filosofía y el arte fue una cualidad distintiva de Kazantzakis, su virtud. En cualquier caso, está claro que él vio al ejercicio de Nietzsche como ejemplo en este sentido. Esto es abiertamente evidente en *The Saviors of God*, que se hace en el estilo de *Thus Spake Zarathustra*, pero se ve también en *The Odyssey: A Modern Sequel*, que es un tratado filosófico en estilo ditiámbico, y también en muchas obras de teatro y novelas.

La afinidad personal entre Kazantzakis y Nietzsche fue, pues, muy amplia, con la participación no sólo de posiciones intelectuales, sino de todo un método de expresar esas perspectivas, que a su vez descartaron otros métodos que Kazantzakis podría haber cultivado. Esto es aparte de los rasgos de per-

sonalidad comunes. Él también los había reconocido conscientemente por lo menos ya a comienzos de los años veinte. Recordando una visita al lugar de nacimiento de Nietzsche en Naumburg, le comentó a su esposa Galatea que fue sacudido una vez más por “la cara trágica de aquel hombre que guarda tal afinidad con mi constitución espiritual y corporal” (es aquí cuando relata el incidente del desconocido que se le acercó en Berlín creyendo que había visto a Nietzsche). En el mismo período, uno de gran soledad y lucha psíquica para Kazantzakis, confesó con más audacia aún: “Me temo que soy de la calidad Nietzsche. Ya veremos. Esperemos que no comparta sus enfermedades.”. A pesar de que anhelaba la acción y deseaba abandonar el arte y la filosofía, se dio cuenta muy bien de que la vida activa era una quimera que se desvaneció tan pronto como la puso en práctica. Su destino, lo sabía, era sentarse solo, aislado de la participación social y transfundir las ideas con la sangre caliente del arte, tal y como lo había hecho Nietzsche. En los momentos en que admitía esto, el recuerdo de la soledad y la locura de Nietzsche se alzaba ominosamente:

Lo que necesito es un círculo de vibrantes seres humanos, un impulso en alza, un ambiente llameante de creencia, alegría, disciplina. Trabajo solo, vagando por las montañas, y a veces la cara de Nietzsche aparece ante mí de una manera inquietante, como un presentimiento doloroso. Es por eso que quiero llegar a ser bueno y fuerte, subir a un monte muy alto, para así ser capaz de soportar el peso de mi ansiedad y el deseo sin doblegarme.

Después de todo ello, hay que reconocer que la historia de cómo Kazantzakis encontró por primera vez a Nietzsche en el *Bibliothèque Sainte-Genevieve*, aunque quizás no sea exacta en un preciso sentido histórico, expresa “poéticamente” una verdad básica de su relación con el filósofo alemán. Él creó para sí el mito de una afinidad personal con Nietzsche -de parentesco, de condición de hijo- que se extiende incluso a “la frente, las cejas espesas y los ojos hundidos.”

No nos debe sorprender, por lo tanto, si encontramos en el retrato de Nietzsche dado por Kazantzakis en su tesis, a un doble psicológico del mismo Kazantzakis. De hecho, una de las ventajas de la tesis radica en las pistas que nos da acerca de la personalidad de Kazantzakis. Párrafos enteros de descripción y análisis, que sacados de su contexto original, podrían aplicarse a Kazantzakis tan perfectamente, que estamos tentados a concluir que tenemos aquí un (probablemente inconsciente) autoanálisis, o al menos una proyección del autoconocimiento de Kazantzakis sobre su maestro recién adoptado. O tal vez podríamos decir que Nietzsche lo ayudó a conocerse a sí mismo, para articular lo que había sido hasta entonces tácito. De cualquier manera, sabemos que la época en que Kazantzakis escribió la tesis fue una intensa etapa de autoanálisis y autodescubrimiento. Un ejemplo de este autoanálisis inconsciente es la afirmación de Kazantzakis en la tesis de

que las dos principales características de Nietzsche fueron 1) la sinceridad y 2) el egoísmo inmensurable. Aquí él indirectamente nos da algunos hechos centrales acerca de sí mismo. Lo hace así también cuando afirma que la filosofía de Nietzsche surgió de las necesidades psicológicas. La sinceridad de Nietzsche, dice Kazantzakis, lo hizo constantemente ahondar más profundo, negarse a estar satisfecho con cualquier conclusión, siempre deseó superarse a sí mismo mediante la creación de formulaciones más completas y perfectas. Él objetivizó esta necesidad psicológica interna y la convirtió en una filosofía de la necesidad de la humanidad de superarse, crear seres más perfectos. Su egoísmo fue un factor en esto; le hizo encontrar toda atadura insoportable y siempre buscar algo original. Como resultado de esta unión de sinceridad y arrogancia, vendría su sensibilidad histérica contra todo lo que considera falso y la impetuosidad con la que defendió a su nuevo ídolo, el Superhombre. Todo esto, diría yo, es un análisis agudo del propio Kazantzakis.

Kazantzakis habla asimismo sobre la repulsión de Nietzsche a los contactos vulgares de la vida cotidiana. Aunque por una parte era un héroe que ansiaba la lucha y el trato con los seres vivos, por la otra era una mujer que lloriqueaba ante todo contacto repentino con la realidad. Nietzsche se dedicó a la búsqueda de la verdad, y de hecho despreció una vida dedicada a otros fines; sin embargo, la “verdad” para él era en efecto una ideología que surgió de sus cualidades psicológicas contradictorias, un medio de soldarlas en armonía y orden.

Esto también se puede aplicar sin dificultad al mismo Kazantzakis. Pero vayamos más lejos. La profundidad del autoanálisis de Kazantzakis es quizás mejor indicada por su insistencia en que la búsqueda de Nietzsche de la verdad fue un dolor continuo. Él nos dice que Nietzsche tuvo que rechazar el pasado, incluyendo los valores religiosos y morales de su educación, pero que su sensibilidad hizo este rechazo extremadamente doloroso. Él sabía que el camino que había tomado sería solitario y doloroso; debajo de la risa y la sátira de sus libros, percibimos su sufrimiento inconsolable y su intento angustioso por dirigir todas sus negativas hacia una afirmación triunfante.

Kazantzakis concluye su sección sobre la personalidad de Nietzsche con una declaración que una vez más se puede aplicar maravillosamente a sí mismo, y la que podría, en efecto, servir bien como recordatorio a sus propios críticos. Conociendo la edad, el carácter y la vida de Nietzsche, dice Kazantzakis, estamos en condiciones de justificar, pero también para censurar, sus excesos y delirios. Sin embargo, al hacer esto, no debemos pasar por alto su noble osadía y su heroico intento de elevar nuestro intelecto y nuestra vida, a crestas más altas y puras.

Deberíamos estar preparados para pasar ahora a la sección más “profesional”, menos impresionista, de la tesis de Kazantzakis, donde trata las ideas de Nietzsche. En otras palabras, ahora deberíamos estar en condiciones de recordar, a lo largo del resumen a continuación, que para Kazantzakis estas ideas eran mucho más que sólo conceptos intelectuales; eran las materias

primas de un credo personal y respondían a las necesidades psicológicas, así como políticas y filosóficas.

Kazantzakis divide su análisis del pensamiento de Nietzsche en dos grandes secciones, la primera habla de los aspectos negativos y la segunda de los positivos. Los antecedentes de ambos, según él, es la historia intelectual de Europa, terminando en el nihilismo. La ciencia, dice Kazantzakis, ha hecho de nuestro antiguo sistema de valores algo irrelevante al revelar que la naturaleza es totalmente inmoral. Todo el problema de los valores surge debido a esta amplia brecha entre la ética y la realidad natural. Y la ciencia en sí no es de ninguna ayuda en este sentido, ya que explica el cómo, no el por qué. El Darwinismo, que apareció como una supuesta respuesta a las preguntas eternas, de hecho, frustró toda ulterior esperanza; demostró el mecanismo de la evolución, pero fue incapaz de mostrar la causa o el objetivo. Se hicieron intentos para establecer nuevos sistemas de valores, para llenar el vacío dejado cuando la ciencia acabó con Dios. Kazantzakis cita el imperativo categórico de Kant, el endiosamiento de la razón en la Ilustración, el "culto de la humanidad" de Comte basado en la ciencia y el amor, el marxismo, el utopismo de Robert Owen, Saint-Simon, Fourier, Feuerbach. Pero todos estos intentos han fracasado, la ciencia misma se ha visto socavada cada vez más por los filósofos como Bergson, su bancarrota ética se ha vuelto demasiado evidente, y pensadores avanzados se han visto obligados, en última instancia, a confesar que no saben nada, que no pueden responder a las "grandes preguntas". Admiten que la vida individual no tiene importancia, y el mundo en sí sólo es una chispa sin propósito rodeada por la oscuridad.

Pero (este "pero" es crucial), en general nuestra era todavía se aferra a un sistema ético basado en los restos de la concepción cristiana de un universo ordenado, benigno, providencial. Suponemos que existe la justicia, un propósito en la vida y que somos el centro de toda la creación; valoramos la verdad sobre la mentira, la moral sobre la inmoralidad, la compasión sobre la crueldad, la bondad sobre la maldad -en fin, adoptamos ideales que no tienen fundamento en la biología o la fisiología, y en los cuales los hombres, por tanto, no podemos tener ninguna convicción profunda, vital.

La condición en la que los hombres aprehenden la antinomia entre los ideales y la realidad es una enfermedad, de hecho la enfermedad de nuestra época, el *mal de siècle*. Fue percibido por Nietzsche, incluso antes de que hubiera avanzado a su actual estado crítico, y es la base de tanto los aspectos negativos como positivos de su pensamiento. El nombre de esta enfermedad es el Nihilismo.

Nótese que Kazantzakis presenta a Nietzsche no como el germen de disolución del Nihilismo, pero sí como el médico que lo diagnostica e intenta una cura. Esta distinción es muy importante, y debe tenerse en cuenta especialmente en nuestra discusión de los aspectos negativos del pensamiento de Nietzsche, cuando la negación constante puede parecer eclipsar el fin último de la afirmación y la curación.

Aunque Nietzsche deseaba superar el Nihilismo, este filósofo puede ser fácilmente pensado como parte de la enfermedad, debido a que su método de tratamiento era homeopático. El problema era la discrepancia entre la realidad científica y nuestro “cuadro de valores” obsoletos. Nietzsche se negó a tratar de aferrarse a dicho cuadro de valores u ocultar su ineptitud; en cambio, quiso aumentar el vacío moral aún más. Puesto que estos valores eran la causa de la enfermedad, los destruiría por completo. Con el fin de curar el nihilismo él administraría, homeopáticamente, medicamentos que producen los mismos síntomas que la enfermedad. El método es, por supuesto, peligroso. Tanto en la tesis como en otros documentos Kazantzakis da plena importancia a este peligro y a la conciencia de Nietzsche del mismo. Nietzsche ha aprendido de Schopenhauer que una conclusión lógica para el Nihilismo es el suicidio. Pero sintió que este “nihilismo pesimista” tiene que ser una conclusión lógica sólo para los débiles. Si persistía en creer que los viejos valores debían destruirse, fue porque una inyección homeopática de nihilismo, aplicada en los hombres fuertes, podría producir algo bastante positivo, ciertamente una cura. Tales personas -Nietzsche los llamaría optimistas o nihilistas dionisiacos-, podrían ser guiadas a aceptar la vida como se presenta, con alegría y heroísmo; podrían ser encauzadas a regocijarse en su liberación de las falsas esperanzas y en su oportunidad de dar a la vida un propósito, que ya de por sí no tenía ninguno. El nihilismo administrado como una medicina homeopática, aunque apresurando la muerte de algunos, podría conducir a otros de nuevo a la vida y la salud.

Como resultado de todo esto Nietzsche llegó a su rol, a saber, formar las leyes que regulan las relaciones humanas en un modo que tiende hacia el triunfo del nihilismo dionisiaco. Pero para poder formar estas nuevas leyes, él primero tuvo que despejar las antiguas. El trabajo inicial del filósofo era, por tanto, el de negar, aunque esta negación era siempre en interés de una afirmación futura.

¿Qué valores precisos atacó Nietzsche? Kazantzakis trata de responder a esta pregunta de manera ordenada, aunque consciente, por supuesto, de que no fue un pensador sistemático. Se clasifica el pensamiento negativo de Nietzsche en seis grandes categorías: el hombre, la familia, el Estado, la religión, la moral, el Derecho. A medida que repaso los temas concretos discutidos por Kazantzakis bajo cada uno de estos títulos, vamos a empezar a notar, confío, cómo Kazantzakis abrazó a fondo la enseñanza negativa de Nietzsche. Muchas de las actitudes observadas en esta síntesis de los pensamientos del maestro reaparecen en todas partes y con insistencia incesante en los escritos del discípulo.

El hombre. Nuestro cuadro actual de valores tiene los siguientes tres axiomas más importantes: (1) la existencia del hombre tiene un propósito, (2) el alma del hombre es inmortal, (3) el hombre posee libre albedrío. Las tres son falsas; por lo tanto, la persona que confie en ellas en esta época de transición no puede evitar caer en el pesimismo y el nihilismo. La solución es destruir los tres axiomas de una vez por todas.

En cuanto a la finalidad de la existencia del hombre, Nietzsche, por supuesto, rechazó cualquier concepto de un plan especial y divino para la humanidad. El hombre es un producto de la evolución y de ninguna manera esencialmente diferente de los animales inferiores. Tampoco hay ningún propósito o dirección en la evolución. La evolución humana no muestra ningún progreso; de hecho, los tipos más altos son incapaces de hacer frente a la vida. La belleza es momentánea, la genialidad estéril, César sin un sucesor. La fórmula de la naturaleza, de tener una, es destruir las excepciones y permitir que el débil y mediocre prevalezca.

En cuanto al alma supuestamente inmortal del hombre, Nietzsche insistió en que esta creencia deriva de la falsa distinción entre el hombre y el resto de la naturaleza, de la cual se niega que posea un alma en el antiguo cuadro de valores. Reconoció que la creencia en el alma (a diferencia de la propia alma, que después de todo no existe) una vez sirvió a un propósito útil. Pero ahora esta creencia lleva al nihilismo pesimista. Nietzsche estaba así encantado de que la ciencia hubiera demostrado que la ciencia y la vida póstuma fueran falsas. Él vio esto como una liberación, puesto que ya no tenemos que preocuparnos de la “felicidad eterna” en el otro mundo que, a su vez, nos lleva a comportarnos “correctamente” en este mundo. Podemos darnos el lujo de equivocarnos ahora, de disfrutar de la “locura” y la imaginación. En lugar de vender nuestra vitalidad a un dogma fijo, podemos abrirnos a todo lo que la experiencia tiene que ofrecer.

Por último, en relación con el libre albedrío, Nietzsche afirma que este fue colocado en el cuadro de valores por los débiles como una compensación por su incapacidad para superar a los fuertes. Ellos dijeron, en efecto, que el valor de un hombre no radica en la cantidad de poder de que dispone, sino en la elección de cómo utiliza su poder. En cierta etapa del desarrollo humano el concepto de libre albedrío fue de utilidad para los fuertes, de hecho mejoró la vida, ya que los hizo aceptar la plena responsabilidad de sus actos con un orgullo espontáneamente llamado “satánico” por los débiles. Ahora, sin embargo, el libre albedrío debe ser borrado del cuadro de valores. Los estudios modernos de la influencia de la herencia, el medio ambiente y la psicología niegan por completo el libre albedrío. Lo que llamamos libertad es realmente la necesidad. Los hombres difieren entre sí no porque eligen, sino porque la necesidad toma diferentes formas en ellos, según sus constituciones físicas. El hombre ético y obediente es tal porque no está constitutivamente sujeto a fuertes pasiones.

A estos tres axiomas más básicos en la categoría El Hombre, Nietzsche añadió uno más que, como los demás, tenía que ser destruido. Esta era la creencia en la igualdad humana. Nietzsche sostenía, según Kazantzakis, que la ley física de la desigualdad es lo que impulsa a cada organismo a superar al otro. Lo que hoy se conoce como la igualdad es realmente el derecho injusto de los mediocres de desplazar a todas las excepciones superiores. Como resultado, el hombre noble se aleja, se esconde, trata de vivir más allá del bien y del mal. A causa de su desaparición hemos dejado ya sea de temer

al hombre o de albergar grandes esperanzas en él. Esto conduce al nihilismo pesimista; por tanto, el axioma de la igualdad debe ser borrado de nuestros valores.

La familia. Después de haber mostrado cómo el hombre está distorsionado como individuo en el análisis de Nietzsche, Kazantzakis ahora procede a mostrar cómo él también se distorsiona como ser social. Él empieza con la relación social más íntima, la doméstica. Si examinamos la verdadera naturaleza del marido y la mujer, dice, y luego comparamos esto con las ideas de la igualdad y la emancipación femenina que ahora prevalecen, vamos a entender por qué hoy en día en la familia se muestran los mismos síntomas de decadencia y pesimismo que en el individuo. El primer punto que debe ser considerado es la insistencia de Nietzsche sobre la desigualdad de los sexos. El propósito de la mujer en la vida es casarse y reproducirse; marido y el niño son su ocupación y alegría. Pero el propósito del hombre es la dominación - imponerse a las fuerzas que tratan de suprimirlo. Una forma de hacer esto es casarse y reproducirse, pero el sexo no es más que un episodio en su vida, y si se dedica por completo a la mujer él será cobarde y degenerado. En pocas palabras, la mujer es un medio biológico para promover la evolución, pero tan pronto como ella intenta obstaculizar la vitalidad y la fuerza del hombre atándolo al hogar, se convierte en el mayor peligro para su cumplimiento y debe ser rechazada. Nietzsche insistió en que los hombres deben casarse producto de una sed de creación, para el ascenso, para el Superhombre. En otras palabras, no deben casarse hasta que sean capaces de controlar sus necesidades físicas; de lo contrario esta sed será un pretexto para la bestialidad o el miedo a la soledad. Y para el hombre verdaderamente vibrante, la mujer no debe ser una necesidad en absoluto, sino una especie de deporte, el más peligroso. La verdadera mujer, a su vez, debe ser astuta, sutil, ocultando las garras de un tigre bajo el pie aterciopelado, una digna presa. Pero en estos tiempos de degeneración el hombre se ha convertido en un esclavo del hogar y la mujer ha abandonado todas sus armas, dejándose sin misterio poético, rechazando también las cualidades de ternura, preocupación y calidez que son distintivas en ella y deberían distinguirla del sexo masculino. Toda esta degeneración en las relaciones familiares, por supuesto, viene de la doctrina moderna de la igualdad. La emancipación femenina ha producido mujeres instruidas- una de las más tristes manchas de la civilización de hoy- y mujeres de negocios con su independencia financiera. El matrimonio ha sido socavado, debido a que el hombre tiene miedo de decir "yo quiero" y la mujer se niega a decir "él quiere." Ambos, por lo tanto, distorsionan su verdadera naturaleza como individuos y el falseamiento se traduce en una degeneración social.

El Estado. De la misma forma en que los valores contemporáneos ejercen una influencia destructiva en el hombre como marido, así también le influyen destructivamente en su calidad de ciudadano. La democracia es la manifestación política de la moral contemporánea. Pero debido a que rinde lealtad a la igualdad, la compasión, etc., es contraria a la naturaleza. Inhibe la necesidad natural del hombre de dominar; el descuido de los hombres

superiores amenaza con extinguir toda la superioridad, porque tales hombres son conducidos al nihilismo pesimista. Los sistemas políticos naturales son la aristocracia, la monarquía y la tiranía. Esto se debe a que en el orden natural de las cosas, sólo los débiles permanecen unidos. Debemos superar la ficción de que los Estados son el resultado de un deseo supuestamente natural de sociabilidad por parte de todos los hombres. Al contrario, los hombres fuertes y saludables tienden a apartarse a, o, si entran en los grupos sociales, a hacerlo con el fin de satisfacer los impulsos individuales por el poder. Los Estados no se desarrollan por su deseo de sociabilidad, sino como extensiones de la voluntad individual por el poder. Son los instrumentos de los fuertes y agresivos; sus leyes son los medios por los cuales estos hombres fuertes y agresivos pueden gobernar a su antojo. El Estado es la antítesis de la igualdad y también de la compasión, en realidad de toda moralidad. Es la materialización de la inmoralidad humana, de la fuerza bruta y existe, de modo que los hombres pueden realizar lo que vacilarían en hacer como individuos. Es implacablemente egoísta y cruel, sin altruismo, usa cualquier y todos los medios para satisfacer su necesidad de dominar y expandir, que es la necesidad natural de todo organismo vivo. En la medida en que rinde homenaje a la virtud, la moral, la justicia, lo hace sólo por conveniencia, para asegurar sus propios intereses. Un pueblo que no pretende su expansión, ya sea por la guerra, la dominación comercial o la colonización, está atrofiado y decadente, "maduro para la democracia y la administración de los abastecedores" - que es lo que vemos hoy en día-. El Estado contemporáneo, con objeto de asegurar la prosperidad para el mayor número posible, está completamente degenerado; termina por humillar a sus ciudadanos en lugar de elevarlos. La distorsión de la naturaleza y el propósito del Estado es una fuente más del nihilismo pesimista de hoy. Por lo tanto, el Estado Democrático debe ser abolido.

La religión. A partir de aquí, Nietzsche pasa fácilmente a una condena de la fe judeo-cristiana. Los ejemplos supremos de Estados saludables y nobles fueron Grecia y Roma.

Pero la civilización greco-romana se vio socavada por los débiles (por los judíos y cristianos) con su Dios que exigía el arrepentimiento por los pecados y así redujo a todos los hombres a la igualdad de lo inútil. Esto, junto con una ética de la compasión, causó la degeneración de ambos: individuo y Estado. Los ideales admirados se convirtieron en la mediocridad y la abstinencia, la timidez y la obediencia en lugar de la fuerza, la belleza y la superioridad.

La fe judeo-cristiana, dice Nietzsche, es un producto de la debilidad y la derrota, y como tal, debe ser borrada del cuadro de valores. La gente crea sus dioses a su propia imagen; mientras los judíos eran fuertes, tenían un Dios fuerte. Pero cuando empezaron a declinar, formaron un Dios y valores nuevos. El fuerte y nacionalista Jehová se convirtió en Jesucristo, el cosmopolita débil. En momentos en que los judíos fueron subyugados y no pudieron mantener un Estado, inventaron un Dios que censuró el nacionalismo, prohibió el servicio militar, abolió la distinción entre nativos y extranjeros, y predicó el

cielo como el único reino verdadero. Esto era un desprecio disfrazado por las bellezas y fortalezas agresivas de la vida en este mundo, y un deseo de aniquilación.

Sin embargo, el Cristianismo aún prevalece. Su odio enfermizo por el fuerte, noble y superior, su jactancia de la compasión y la igualdad, son la base de la moral contemporánea, el Derecho y el degenerado Estado Democrático. Todo esto debe ser anulado.

Kazantzakis tiene cuidado de señalar, sin embargo, que Nietzsche no se oponía a todas las religiones o la religión per se. Valoraba al Dios que surgía de épocas de fuerza y era una proyección de la superioridad humana.

La moralidad. Las ideas de Nietzsche sobre la moral derivan, al igual que todas sus otras ideas, a partir de la suposición de que nuestro impulso básico es la voluntad de poder. Todas las actividades humanas son manifestaciones de este impulso. Esto es cierto incluso en el comportamiento ético, que en un hombre o sociedad jóvenes y saludables se desarrolla como un instrumento para la auto-afirmación. Sólo en el último periodo histórico los valores morales se separan de la autoafirmación, momento en el que emergen altruistas y parecen tener validez independiente, aparte de su utilidad para el hombre. Ahora se piensa erróneamente que la bondad, la compasión, etc., están en la misma naturaleza de las cosas, cuando en realidad no lo están. Esta objetivación, dijo Nietzsche, implica una perversión de los instintos vitales del hombre y deberá forzosamente acelerar su decadencia. Mientras que un hombre debe decir: vivo para satisfacer los instintos básicos de la vida y por lo tanto busco lo bueno, verdadero y bello en la medida en que son útiles para esta satisfacción, él dice ahora en su lugar: es una blasfemia buscar estos valores porque son útiles para mí; debo buscarlos porque tienen valor independiente.

La moral, de este modo, nos enseña a hacer la guerra en contra de nuestra naturaleza. Ser virtuoso es frenar la voluntad, todo en aras de la conciencia agradable. Esto degrada al hombre, lo que le enferma. Cuando la moral le dice que se sacrifique e por los demás le está diciendo, en efecto, que apague sus propias fuentes de energía, el deseo, la pasión y el egoísmo. Lo peor de todo es la religión moderna de la compasión y la misericordia predicada por los socialistas utópicos y que deriva de la ética democrática de los judíos, que acabó con el ethos aristocrático de los griegos y los romanos. Esto es un síntoma de lo blandos y castrados que nos hemos vuelto, no sólo tenemos miedo a experimentar dolor en nosotros mismos, sino que también a infligir castigos severos a los demás. Vemos aquí una perversión del instinto de vida y una transgresión de la ley de la selección que dictamina que el enfermo debe ser eliminado; apreciamos también la negativa a reconocer que el dolor, para el hombre sano, es el gran maestro, el incentivo para casi todas las acciones nobles. La ética de la compasión es una especie de conspiración contra la salud, ya que su resultado es hacer de la desgracia un virus contagioso. Debido a que el degenerado, miserable e impotente, se coloca ahora en la conciencia de los fuertes, la miseria del mundo se multiplica.

No es de extrañar, entonces, que el cuadro actual de los valores morales haya dado lugar al nihilismo pesimista. La moralidad cristiana ha obligado al hombre a negar sus cualidades más viriles y por lo tanto, le ha robado el auto-respeto que -en un espíritu saludable - es la fuente de toda virtud. Se ha erosionado el instinto vital, estigmatizando la alegría y el placer como algo pecaminoso, al exaltar la mediocridad y debilidad, predicando que el egoísmo que se precia es irreverente, y por medio de la objetivización de las normas morales para que se separen de la voluntad de poder. El resultado: la decadencia, ideales de esclavos triunfantes, un impulso sin control hacia el nihilismo pesimista.

Nietzsche atacó la moral contemporánea de un modo mayor. De acuerdo al cuadro de valores de hoy, un acto puede ser moral sólo si es querido libremente por el individuo en cuestión. Pero éste no siempre ha sido el caso, afirmó Nietzsche. En tiempos prehistóricos lo digno de la acción era juzgado en primer lugar de acuerdo a sus resultados y sólo después, según su principio generador. Era fácil entonces que este principio generador fuese confundido con intención. Nietzsche insistió, sin embargo, en que la distinción debe ser hecha de nuevo y que la llamada intención por voluntad propia, es simplemente una máscara para el principio de generación, la voluntad de poder. Hizo un llamamiento para la destrucción de una moral basada en la libre voluntad debido a que tal moral descansa sobre bases inexistentes. En su lugar, debemos juzgar las acciones (a) de acuerdo a sus resultados y (b) según la fuerza de su principio generador. En la nueva moral, una acción será “buena” si se emite desde un fuerte y vital instinto de vida y será “mala” si se emite por el cansancio o la derrota.

El derecho. Para Nietzsche, como hemos visto, la igualdad no es inherente a la naturaleza del hombre. En consecuencia, la verdadera justicia no debe ser la garantía de la igualdad de derechos para todos, sino más bien la distribución desigual de derechos y obligaciones desiguales entre seres desiguales. En lugar de esto, ahora tenemos una ley que refleja la moral judeo-cristiana en su renuencia a castigar y el mito del libre albedrío en su énfasis en la intención, la meditación previa, etc. La ley debe ocuparse de lo único más importante: la transgresión contra el instinto de vida. Pero ya sea si lo hace o no, tales transgresiones no pueden llevarse a cabo con impunidad. Las sociedades modernas se han rebelado. Ellas están siendo castigadas con el nihilismo pesimista y la disolución. El remedio una vez más es anular el falso cuadro de valores.

En el resumen anterior del pensamiento negativo de Nietzsche en las categorías El hombre, La familia, El Estado, La religión, La moral y El derecho, hay que recordar que la negación de los valores aceptados es un negativismo al servicio de una afirmación deseada. Kazantzakis insiste en todo momento que el nihilismo de Nietzsche no es una enfermedad, sino más bien una cura, que su “inmoralidad” es en interés de una nueva y mejor moral. Por lo tanto,

pareciera que todo esto no debe ser más que un preludio a los aspectos positivos del pensamiento de Nietzsche y, de hecho, la próxima sección de la tesis se dedica a estos aspectos positivos. Pero se les da sólo once páginas, mientras que cuarenta y seis se habían dedicado a las negaciones. Está claro, tanto a partir de este escaso tratamiento como de los comentarios que Kazantzakis hizo en ese tiempo y también después, que él nunca encontró mucha afinidad con el pensamiento positivo de Nietzsche.

Las características positivas que discute Kazantzakis son cuatro: la voluntad de poder, el superhombre, la moral y la división jerárquica de la sociedad.

Todo se deriva de la insistencia de Nietzsche sobre el flujo. La vida, en efecto, es el movimiento; la mayor necesidad del hombre es la eterna inquietud. Pero para Nietzsche este movimiento no es aleatorio. En lugar de ello, se dirige hacia la autosuperación. La vida es un intenso deseo de superarse, y esto se refleja en cada organismo y especie. Si un organismo es saludable, él tratará de cumplir con su papel designado en la vida imponiéndose a los organismos que lo rodean.

La mayor necesidad del hombre, junto con la agitación eterna, es la expansión, la auto-extensión. El objetivo es conquistar otros organismos mediante la afirmación de su superioridad y en última instancia por el esfuerzo hasta tal punto que él se supera a sí mismo, produciendo una nueva especie más acorde con las leyes naturales básicas del movimiento y auto-superación.

La fundación del nuevo cuadro de valores de Nietzsche, por lo tanto, es la voluntad de poder y la superioridad.

El resultado hipotético de esta autosuperación será el superhombre o el ultrahombre. Por definición, el superhombre es el que puede heroicamente sacudir el presente cuadro de valores y desarrollar todas las cualidades del hombre al máximo, colocando como la finalidad y el centro de su vida, la tendencia de superarse. Porque la guerra es el instrumento más fuerte de progreso y selección, él predica la crueldad en lugar de compasión. El descanso, para él, será la preparación para nuevas guerras y conquistas. Él buscará pruebas de creciente peligro y heroísmo, y de esta manera deja la huella de su ego en la era. Pero él va a ser duro hacia sí mismo y con los demás. Él debe renunciar a todo lujo, descanso, paz y felicidad. Él debe destruir el presente cuadro de valores en sí mismo, rechazando todos los consuelos anteriores, tales como la religión, la vida después de la muerte y el libre albedrío. Sin desalentarse, tiene que estar agradecido por la tristeza y la alegría, la bendición de la vida en su totalidad.

El nuevo decálogo, que será seguido a la perfección por el superhombre, implicará una nueva moralidad, una transmutación de los valores. El superhombre diseñará para él, una ética más allá de la ética, más allá del bien y del mal -o más bien, con la inclusión y el uso de ambos. El hombre completamente malo es quizás incluso más útil que el totalmente bueno, porque conserva las pulsiones sin las cuales, los hombres se volverían castrados. Pero los mis-

mos términos “bueno” y “malo” son restos del antiguo decálogo. En la nueva moral, “bueno” será todo lo que contribuya a la consolidación y el progreso de la vida, todo lo que instigue la voluntad de poder; “malo” va a ser todo lo que agote la vida.

Por último, el nuevo decálogo sólo puede ser para los elegidos. Nietzsche se dio cuenta, dice Kazantzakis, de que los viejos conceptos de la ética, la religión, el Estado y la ley continuarán siendo necesarios para los débiles. Así que divide la sociedad en dos grupos. El más bajo incluye a la burguesía, los trabajadores, los agricultores y académicos -todos los que están conformes con la limitación de sí mismos, que no realizan o no pueden ejercer su voluntad de poder. Estas personas van a mantener el otro grupo, que estará compuesto por (a) los guerreros y (b) los creadores y señores. Aquí, y sólo aquí, se aplicará la nueva moral.

Cualquiera que esté familiarizado con las obras de Kazantzakis, sabrá que todos estos aspectos positivos del pensamiento de Nietzsche, pueden verse reflejados allí. Sin embargo, de los cuatro puntos analizados en la tesis, estuvo totalmente de acuerdo sólo con uno: la nueva definición del bien y del mal. Él tenía reservas acerca de la división de clases, además de una fuerte y permanente objeción al superhombre y la voluntad de poder.

Se encuentra en la propia tesis que se queja de la diferenciación arbitraria del pensamiento de Nietzsche de los hombres en esclavos y señores. ¿Cómo logrará esto?, él se pregunta. ¿Qué criterios se utilizarán? Esta es la parte vulnerable del sistema. Sin embargo Kazantzakis, por supuesto, siguió siendo un elitista toda su vida, y de hecho, en la visión utópica de *La Odisea*, divide a la sociedad más o menos de acuerdo a la fórmula nietzscheana.

Las otras objeciones -más serias- no se expresan en la disertación, aunque está claro que Kazantzakis las sintió ya en 1910. Ellas son resultado manifiesto del Bergsonismo que adoptó en el último periodo de su estancia parisina, y sobre todo de la insistencia de Bergson en que el movimiento, la esencia de la vida, es siempre comprometida cuando se encarna.

Este no es el lugar para profundizar en el Bergsonismo de Kazantzakis. Baste decir que su propia visión del mundo le hizo rechazar el concepto de la voluntad de poder del pensamiento de Nietzsche. Esto, a su vez, lo hizo rechazar al superhombre. Para Kazantzakis, la ley natural más básica del universo, y por lo tanto, la ley sobre la cual deben basarse todas las formulaciones positivas, no era la voluntad de poder, pero sí la transubstanciación de la materia en espíritu. Si la vida se esfuerza continuamente por desarrollarse con mayor perfección y si su núcleo está compuesto por movimiento puro y libertad pura, entonces esa perfección sólo podría alcanzarse, paradójicamente, cuando todas las formas de movimiento y libertad encarnadas (y, por lo tanto, comprometidas), hubieran sido superadas. La culminación de la vida no vendrá en el superhombre, sino en el abismo de la pura espiritualidad incorpórea.

Kazantzakis consideró que el superhombre de Nietzsche era una postulación

que derivaba de la cobardía. Aunque Nietzsche despreciaba a los débiles que se aferraban a un poco de esperanza ante la abrumadora crueldad de la vida, él mismo sucumbió a ella. Kazantzakis insiste en que la vida culmina no en el superhombre, sino en el abismo.

Su actitud positiva hacia los aspectos negativos de Nietzsche, y su actitud negativa hacia los aspectos positivos se afirman en un ensayo escrito en 1910, poco después de su regreso de París.

Una negación universal, que termina en una afirmación generalizada y deseada, ése es el ideal del hombre superior de hoy.

A pesar de que hasta ahora algunos, como Nietzsche, han visto esto, no han sido capaces de dar un paso sin olvidarlo de inmediato y transgredirlo. (...) Nietzsche deseaba deshacerse de todos los “valores”, pero terminó por exaltar las peculiaridades de sus propios estatutos en un nuevo decálogo (...). Si algo queda de Nietzsche, es sólo un ritmo que, sin embargo, puede guiarnos más lógicamente a alturas completamente contrarias al superhombre nietzscheano.

Muchos años más tarde, añadió: “Amé [a Nietzsche] por las preguntas que hacía, (...) no por sus respuestas, las que no eran buenas”.

¿Qué, entonces, Kazantzakis aprendió de Nietzsche? Sería, por supuesto, una simplificación excesiva decir que abrazó todas las negaciones de Nietzsche y ninguna de sus afirmaciones. Sin embargo, las posiciones que integró con entusiasmo y de forma permanente en su propia filosofía fueron en gran parte las que él mismo consideraba la parte negativa de la enseñanza de Nietzsche. En términos generales, Nietzsche convenció a Kazantzakis de que el negativismo podría ser un arma para la cura de la decadencia contemporánea y no necesariamente un síntoma de tal decadencia. Él le enseñó que este negativismo debe ayudar a acelerar la disolución del cuadro de valores que ya no era coherente con el conocimiento científico de nosotros mismos y nuestro universo. Más específicamente, animó a Kazantzakis a hacer la guerra contra:

el hombre como “querido de Dios”,
la doctrina de la inmortalidad individual,
la doctrina del libre albedrío,
la igualdad humana,
la emancipación femenina,
la democracia,

el pacifismo,
la mansedumbre y compasión cristiana,
la moral y la legalidad “burguesa”

Moviéndonos ahora a lo largo de un espectro que va desde la negación a la afirmación, podemos atribuir a la influencia de Nietzsche, creo, ciertos axiomas positivos que Kazantzakis adoptó durante toda su vida. Nietzsche no necesariamente inicia todas las siguientes creencias en Kazantzakis, pero las confirmó y reforzó de una manera decisiva.

1. La esencia de la vida es la inestabilidad, el flujo, lo “dionisiaco”.
2. La evolución procede linealmente, pero al mismo tiempo, se pliega sobre sí misma.
3. Nuestra época está enferma, debido a deficiencias en el instinto de vida.
4. Nuestra época actual es de transición. Es la continuación de un período anterior saludable y puede ser reemplazada por un nuevo período de ese tipo, si lo deseamos con la fuerza suficiente.
5. El nuevo período de buena salud debe ser un progreso sobre el período antiguo, no sólo un retorno a él. De hecho, el retorno es imposible.
6. El deber del hombre responsable es poner fin a la fase de transición.
7. Esto se logrará no por la lucha contra las fuerzas que están rompiendo la vieja visión del mundo, sino que paradójicamente, ayudándolas. De este modo, se acelerará la transición, lo antiguo será destruido de una vez y para siempre y lo nuevo podrá formarse. Se puede curar una enfermedad homeopáticamente, agravando los síntomas hasta que se produzca una reacción natural.

Tengo la esperanza de que todo lo anterior nos permita hablar del nietzscheanismo de Kazantzakis con más precisión que antes. Asimismo, ahora debemos ser capaces, de respirar un contenido específico dentro de ciertas afirmaciones generales que Kazantzakis hizo sobre Nietzsche posteriormente y distinguir entre lo que es específicamente nietzscheano en estas declaraciones y lo que es quizás sólo una retórica existencialista generalizada, flotando en el aire europeo en el período entre las dos guerras mundiales. La carga que conllevan estas declaraciones es el “pesimismo heroico”, la habilidad de los fuertes para aceptar un mundo sin dios ni sentido y para legar a ése mundo un significado que brota de sus propias entrañas.

Él me ha enseñado (...) [que] nunca es necesario tener una concepción de vida que te prometa esperanzas, recompensas. Usted es un hombre libre, no un mercenario. (...) Luchar sin dignarse

a buscar una recompensa [es] la libertad verdadera.

¿Qué nos dijo que hiciéramos, por sobre todas las cosas? Él nos dijo que rechazáramos todos los consuelos -dioses, patrias, moralidades, verdades y estando separados y sin compañía, usando nada más que nuestra propia fuerza, comenzáramos a dar forma a un mundo que no avergonzaría a nuestros corazones.

Junto con él había comenzado mi propia batalla para hacer coincidir lo incoincidente: conciliar la mayor esperanza con la máxima desesperación y abrir una puerta más allá de la razón y la certeza.

Nietzsche me enriqueció con nuevas angustias y me enseñó cómo transformar la desgracia, la amargura y la incertidumbre en orgullo.

Declaraciones como éstas hacen muy poco por sí mismas para ayudar a darnos cuenta de qué posiciones intelectuales específicas Kazantzakis aprendió de Nietzsche. Pero precisamente por su vaguedad y tal vez incluso a causa de su retórica, nos alerta de lo que es probablemente la parte más profunda que adeuda Kazantzakis: la parte personal. Estas declaraciones nos alertan sobre el hecho de que Nietzsche era para Kazantzakis no sólo un pensador cuyas ideas podía prestarle, sino que, como he subrayado anteriormente, era un prototipo humano pleno, en cuyas alegrías y angustias Kazantzakis podía ver sus propias luchas glorificadas.

Recordamos que Kazantzakis dice en 1910 que si algo quedó de Nietzsche era sólo un “ritmo”. Esta palabra significa mucho más en griego moderno de lo que significa en inglés, y es de hecho extremadamente difícil de traducir. Lo que en realidad quería decir Kazantzakis se explica con mayor precisión, en mi opinión, al final de su tesis. Comenta aquí que ninguna de las ideas de Nietzsche eran originales. Sin embargo, Nietzsche le dio a las viejas ideas un nuevo resplandor. Tomó las formulaciones abstractas y técnicas de Kant y les dio vida. Él fue para Kant lo que Ferdinand Lasalle fue para Marx. Él rezumó pasión, indignación, visiones, ironía, sarcasmo y éxtasis. Como Kazantzakis señaló en otra parte, ¡en Nietzsche la esperma se elevó en la cabeza!

Este resplandor es el “ritmo” nietzscheano que impresionó tanto a Kazantzakis y el que deseó adquirir por méritos propios, imitando al prototipo nietzscheano. La razón está claramente indicada en la tesis. Nietzsche, dice Kazantzakis, ha tenido una enorme influencia. ¿Por qué?, debido a la luminosidad que le dio a los pensamientos abstractos. Si se quiere que una gran idea mueva a las masas y tenga un efecto sobre la vida, debe ser convertida en sentimiento y pasión. Claramente, las palabras de Kazantzakis aquí tienen una aplicación profética para sí mismo. En la medida en que ha tenido influencia, es precisamente porque él también transforma los pensamientos abstractos en sentimiento y pasión, haciéndolos radiantes. Vemos, pues, aquí, al igual que en las formas en que se discutió anteriormente, cuán importante en la relación Kazantzakis-Nietzsche era la cuestión de afinidad personal y estilo de vida. Hablé antes de los rasgos compartidos de sinceridad

e inmenso egoísmo que en ambos hombres aparecen, y de la determinación de Kazantzakis, siguiendo a Nietzsche, de tener como su objetivo no el arte por el arte, pero sí el descubrimiento y la expresión de un nuevo sentido de la vida. En última instancia, todo esto fue la parte más importante de la herencia dejada por Nietzsche a Kazantzakis; las ideas en sí mismas eran secundarias. El mismo Kazantzakis hace de esto su punto final en la tesis, una vez más al hablar de Nietzsche en palabras que podrían aplicarse fácilmente a sí mismo. A pesar de que el sistema de Nietzsche es en parte arbitrario y fantástico, dice, su sinceridad e impulso son nobles.